

LA MADRE DE FAMILIA.

REVISTA LITERARIA, MORAL Y RECREATIVA.

CON LA APROBACION ECLESIASTICA

Y BAJO LA DIRECCION DE

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

GRANADA: REDACCION Y ADMINISTRACION, DARRO DEL CAMPILLO 15.

Se publicarán noventa y seis números al año, conteniendo artículos de costumbres, novelas, poesías, y cuanto juzguemos apropiado para la instrucción religiosa, la enseñanza y el recreo. — Los pagos podrán hacerse directamente a esta administración en letras del giro mutuo, y en los puntos donde no las haya en sellos de comunicaciones pero solamente de veinte y cinco céntimos de peseta. — Suplicamos a los señores que quieran suscribirse, que al darnos el aviso, marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia a que pertenece. — El precio de suscripción es el de DOS reales mensuales en toda España. Ultramar y extranjero CUATRO, franco de porte.

SUMARIO.

El primer año de matrimonio, por Angela Grassi. —

A Ntra. Señora del Carmen. — poesía por Juan Ortega. — ¡Qué loco tan sabio! — Poesía por Antonio R. García Vao. —

Hay mas allá! novela original por Enriqueta Lozano de Vilchez. — Correspondencia.

EL PRIMER AÑO DE MATRIMONIO.

CARTAS A JULIA

(CONTINUACION.)

XLIII.

Cuando en una máquina se toca una sola pieza, todas las demás se descomponen: ahora que Eduardo está ocupado en trazar el plan de su gran obra, y en reunirse con los contribuyentes para concertar los medios más asequibles de llevarla a cabo, yo tendré que ponerme al frente de los trabajos del campo, y para eso será preciso que tomemos una doncella.

¿Sabes tú lo que quiere decir esta palabra? Tomar un criado nuevo, es introducir en nuestro interior un enemigo. Dicese vulgarmente que es la plaga de las casas, y aunque la palabra es dura, por desgracia no deja de ser sobrado cierta.

Así pues, todo depende del tino en la elección y aunque se han presentado varias a pretender, estamos indecisos.

Tú no sabes cuán enojoso es ver cada día delante de nosotros una figura nueva, y estar iniciando sin cesar a personas extrañas en nuestros secretos y costumbres. Yo tenía de eso una triste experiencia, pues en casa de mi madre, las doncellas apenas duraban un mes.

—No sé en qué consistía, le dije una tarde a la abuela, que todas las que se nos presentaban eran sícias, descuidadas, holgazanas...

—Es decir, me contestó, que tu madre tenía de sobra todas las buenas cualidades opuestas a estos defectos, y exigía también que las tuviesen sus criados, lo cual no es justo.

Reflexiona que tu madre se interesaba por la casa desde la sala hasta el último desvan:

cuanto mas en órden la tuviera, cuanto mas economizara, mas redundaría en su provecho. Ahora bien, ¿como quieres exigir el mismo interés de parte de una criada nueva, que no sabe si entra hoy para salir mañana, que cuida unos muebles que no son suyos, que maneja un dinero para ella improductivo? Nuestra naturaleza es débil, Enriqueta, y en todos los negocios hay que hacer la parte del interés y el egoismo. En todos los negocios; pero aun más en aquellos en que se juegan personas sin educacion. Los criados no son más que unos niños grandes, y no tienen motivos para ser otra cosa, ¿por qué nos hemos de mostrar con ellos tan exigentes, y hemos de pretender que sean perfectos?

Hace muchos años que yo he adoptado el plan siguiente, para interesarlos en la prosperidad de la casa; veamos si merece tu aprobacion.

Cuando trato de tomar una criada, la digo: tus antecesoras cometieron estas y las otras faltas, con las cuales no transijo, y por esto han salido, si tu cometes las mismas, tendrás que seguir sus huellas; pero si por el contrario te veo animada de buenos deseos, y atenta á complacernos, si advierto que pones cuidado en lo que haces, y tratas de adelantar, enton- yo te daré tanto de propina al cabo del año además de tu salario. Si al año siguiente co- nozco que economizas mucho sobre todo en la cocina, yo calcularé las economías que habrás hecho, y añadiré á la propina la mitad de la suma economizada. Al tercer año, sabiendo que puedo contar con tu honradez, laboriosi- dad y buen deseo, fijaré de una manera defi- nitiva la suma que deba darte además de tu salario, la cual se irá aumentando progresi- vamente, á medida que tú prograses en el buen servicio, y así podrás ir juntando un pe- queño capital para mañana si te casas ó quie- res dejar de servir; por que yo no permitiré nunca que los que han comido mi pan, se queden en la vejez pereciendo...

—¿Y ha dicho usted eso mismo, pregunté con asombro, á Susana, Antonio, Antolina y Blas?

—Justamente, y todos han ido dejando su

pequeño capitalito en la casa, lo cual les dá el dos y medio por ciento de interés.

—Eso está muy bien pensado, y conozco que producirá muy buenos resultados; pero desconsuela un poco la idea...

—Comprendo lo que vas á decir; pero sé justa, Enriqueta. Una pobre muchacha se com- promete á servirte mediante un corto estipen- dio, lo necesario para vestirse, es decir, por una cortísima é insignificante suma, te ena- jena su voluntad, sus opiniones peculiares, sus afectos, y hasta su salud. La criada, de sér racional, se convierte entonces en autó- mata, pues no debe saber más que obedecer. Solo sale á la calle y respira el aire de libertad, cuando se lo manden, y aun esto, sabiendo que hay quien cuenta uno por uno los minutos de su ausencia; se la imponen las personas que ha de recibir y ver, y aquellas que ha de escluir de su trato, aunque entre estas se en- cuentre su misma madre. No puede dar un paso, no puede hacer una cosa que no esté dictada por otra voluntad que no es la suya. Es una esclava, en toda la estension de la pa- labra, suprimiendo, sin embargo, el nombre. Eso sí, puede dejar una casa para entrar en otra: es decir, dejar de ser esclava aquí para ser esclava en otra parte.

Ah! tu no has reflexionado jamás cuán du- ro es el no tener nunca ni un espacio de siete piés que pueda considerarse como propio, el no tener jamás libre albedrío!

La criada debe levantarse temprano y acos- tarse tarde. Por fatigoso que halla sido el tra- bajo durante el dia, es un delito muy gra ve si por casualidad se duerme. A una voz, á una seña, debe ponerse de pié, y acudir tantas ve- ces como se lo ordene el capricho de su seño- ra. A veces es para que la recoja el pañuelo que se le ha caido á los piés; á veces para que mire si hace aire. Si la señora está de ma- humor y la riñe, aunque sea injustamente, es preciso que calle, es preciso que obedezca sin murmurar, por más estravagante que sea lo que se la mande, y es preciso, por último, que como los antiguos bufones de las córtes, esté siempre sonriendo con amable compla- cencia.

Si está de mal humor alguna vez, se la hecha á la calle; si se pone enferma, se la manda al Hospital.

Este es el estado, este es el porvenir de las infelices sirvientas; porque si por casualidad no se han casado, cuando sean inútiles y viejas, tendrán que ir aquí y allá mendigando una limosna.

Y ahora bien: ¿te parece muy extraordinario que piensen alguna vez en sí mismas, que traten como tratamos todos de mejorar de condicion y de precaver por algun medio el desamparo de su vejez?

—Infamia! gritamos, la desvergonzada se ha ido á otra parte porque gana más!

Yo lo encuentro muy lógico, muy justo.

¿No abandona el hombre su destino si le ofrecen otro más ventajoso?

Si tenemos una criada buena, estimémosla en su justo valor, y en recompensa de su celo tratemos de mejorar su suerte.

Es decir, que ellas nos han de hacer el sacrificio de su juventud, de su sangre y de su vida, y nosotros no las hemos de dar nada en cambio para asegurar su porvenir?

Y esto es una ilusion, porque si no lo adquieren de una manera legal, procurarán adquirirlo de un modo ilegítimo, no te quepa duda, y tendrás dos cosas, su infidelidad y su desagradecimiento, porque la criada que te sise, no te lo agradece en lo más mínimo, como que es una cosa independiente de tu voluntad.

Pues bien, será una estupidez; pero yo creo que mis criados, á fuerza de identificar su interés con el de la casa, han llegado á tomarla un verdadero apego. Creo que la seguridad de morir en ella ha hecho que la mirén como suya, y por último, que ese sobresueldo gratuito, al cual creen no tener derecho, aunque yo pienso que lo tienen, porque un buen criado es un tesoro, les ha unido á mi con los estrechos lazos de la gratitud y del cariño.

(Continuará.)

Angela Grassi.

A Ntra. Señora del Carmen.

*A Ti, célica rosa
que habitas el Carmelo,
do los Profetas santos
hallaron en su suelo
moradas, donde en éxtasis
vivian para Dios.*

*A Ti, luciente estrella
que asoma en Palestina
y con su luz diáfana
los orbes ilumina;
de cuyos rayos fulgidos
el alma vuela en pos.*

*A Ti, templo sagrado,
do el Sol más refulgente
que el astro rey del día
quiso morar clemente;
que eres raudal clarísimo
de dichas y salud.*

*A Ti mi voz elevo,
confín de mis amores;
de inspiracion mi mente
inunda, y los favores
que Tu derramas pródiga
publique mi laud.*

*Tú, faro luminoso
alumbras el camino
del suspirado puerto,
cuando infeliz marino
lucha con el Océano
que agita el vendabal.*

*Tú eres el iris santo
que súbito en el cielo
brilla, de calma signo;
refugio do el consuelo
logra el viajante sincero
tras ruda tempestad.*

*Tu labaro bendito
es cota poderosa
donde su fuerza apaga
la bala pavorosa
si del cristiano fervido
el pecho quiere herir.*

*Bruñido férreo escudo
do estréllase impotente
el igneo meteoro:
inagotable fuente
do brota el agua mágica
que incendios va à estinguir.*

*¿Qué males, qué dolencias
sufrió la raza humana
desde que viera el orbe
Tu enseña soberana
que cual insigne Médico
dejara de curar.?*

*El ciego à quien dió vista,
el naufrago, el leproso,
y cuantos se salvaron
por arte milagroso,
sobre su pecho, espléndido
le alzaron nuevo altar.*

*De impura Babilonia
se aparta el alma mia:
blasfema muchedumbre
se enloda en ancha orgia;
y yo en tinto mi espíritu
elevo à tu mansion.*

*Aparta ya del labio
del mal la inmunda copa:
refrena la impureza
de la caduca Europa
que avanza ya à los límites
de eterna perdicion.*

*Del negro cementerio
do moran las pasiones
cuyos miasmas pútridos
corrompen corazones,
brote la fé, y levántese
lozana la virtud.*

*Y entonces desprendido
del alma el turvio velo,
verá que eternas árchas
le aguardan en el cielo,
y que los cuerpos miseros
son pasto al ataúd.*

Juan Ortega.

¡HAY MAS ALLA!

NOVELA ORIGINAL

DE

Enriqueta Lozano de Vilchez.

(CONTINUACION)

—Padre mio' exclamó Nina aterrada, padre mio, yo....

—Tu no volverás á verlos.

—¡Ella es la hermana de mi madre, él es mi padre dos veces, prosiguió la jóven cada vez más desolada.

—¡Tu madre! tu madre causó la afrenta de mi hijo, fué la que...

El marqués apenas se podía dominar, tanto era su enojo, tanto era su furor, tanto el ódio celoso que le inspiraban aquellos desgraciados que venian á disputarle el cariño de su nieta.

Esta con las manos cruzadas, más pálida que un rayo de la luna, imploraba con su ademan y con sus lágrimas compasion y piedad para aquellos que habían sido y eran para ella todo sobre la tierra.

—¡Oh! exclamó, sintiendo su corazon desgarrado como con un puñal con aquellas palabras que herian la memoria de su madre, ¡oh! madre mia, pobre madre mia!

—Te mando que la olvides, te prohibo que me la nombres! Las leyes y Dios mismo me conceden derecho sobre tí, y yó no permitiré nunca, nunca que...

Clara que presenciaba esta escena, que preveía las consecuencias que podía tener, y que temblaba por Nina, por que la amaba realmente, no dejó acabar la frase de su tío, y dando un grito le mostró á la jóven, desencajada, blanca y palpitante, que inclinaba la frente como herida por el dolor que le producía aquella escena.

—Tío, tío, ¿qué hace V.? no comprende que la van á matar sus palabras.

En efecto, la pobre niña, víctima de tantas emociones y débil, muy débil para soportarlas, habia caído sobre la almohada, como el lirio que se troncha al soplo de la tempestad.

—Señor marqués, exclamó el sacerdote con toda la majestad de su alto ministerio, Sr. marqués, lo que V. hace es cruel, y si Dios y la naturaleza le conceden derechos sobre esta pobre criatura, no los tiene ciertamente para mandar en su corazon; en su corazon animado por los más santos y puros sen-

timientos; sentimientos que el cielo bendice y que los ángeles aprueban.

— Es que....

— Basta; yo debía salir de aquí puesto que mi presencia solo ha producido su enojo; pero no lo haré tantas ofensas de este mundo pasan á mi lado sin exaltarme ni conmoverme. Ministro de un Dios de paz y humildad, sigo la senda que su mano me traza sin pararme á contar las espinas que puedan desgarrarme los pies. Pero ella sufriría si yo me alejase, y mi deber es evitarle un nuevo pesar, además de los que hoy la afligen. ¡Oh caballero! ¿que poco entienden Vdes. las nobles y las poderosas de amor, cuando así afligen á los que dicen que aman!

El marqués humillado por las dulces palabras del sacerdote no sabía que contestar.

Sin comprender aquella mansedumbre, la admiraba á su pesar, y su orgullo de raza se revolvía en su pecho sin hallar una razón que oponer á las del pobre sacerdote.

Clara, entre tanto, se esforzaba por volver en sí á Nina.

La triste enferma estaba demasiado quebrantada para resistir aquel golpe.

Ella, cuyo único afán, cuyo solo deseo se cifraba en ver á los suyos, ella que entre las visiones del sueño, entre los delirios de la fiebre no tenía más recuerdo ni más imagen que el recuerdo y la imagen de Agustín y de Lucia; ella cuyo virgen corazón no había latido aun al impulso de otros amores que los de aquel anciano y aquella ciega, y que había creído morir de felicidad al saber que estaban allí, que la amaban, que los iba á abrazar; experimentó un choque demasiado violento, un desencanto muy cruel al saber que no se la concedía esta ventura, que no se le otorgaba este placer.

Ignorante de las cosas del mundo, cándida hasta el extremo de creer que se la podía prohibir amar á su abuelo y á su tía: sencilla hasta el punto de juzgar que ofendía al marqués con este inocente cariño, se creyó separada para siempre de aquella familia que no tenía otro crimen que su pobreza, y se aterrorizó ante la idea de que no les iba á volver á ver.

Anegada en lágrimas, ahogada por los suspiros, queriendo contenerse y sin poder conseguirlo, su dolor estalló al fin en una convulsión horrosa, y Clara creyó que después de haberla juzgado fuera ya de peligro, aquella crisis podía hacerla morir.

En efecto, Nina se empeoró terriblemente, y Alvareda cuando se presentó á hacerla su acostumbrada visita, la encontró en un estado alarmante en demasía.

— Todas mis esfuerzos van á perderse, exclamó dirigiéndose á la bella enfermera. ¿Qué ha pasado aquí, señorita, para causar esta alteración?

La joven se alejó con él á la pieza inmediata y le

refirió á media voz lo ocurrido. El digno médico meneando tristemente la cabeza.

— Pobre criatura, murmuró; la ciencia puede combatir los males del cuerpo, pero no alcanza á curar los del espíritu. Esta niña es una sensitiva, una flor de los campos, frágil y delicada, que abierta con la aurora puede morir al declinar la tarde.

— Cómo? está en peligro su vida? esta recaída puede....

— Todo lo temo; ha sufrido un golpe terrible y un retroceso tan violento pudiera muy bien ser mortal.

— Y si se lograra que viese á los suyos? si mi tío cediese?...

— No sé: en este momento de nada puedo responder; si estos espasmos nerviosos se repiten con frecuencia, tiene aun muy poca fuerza para poder resistir á ellos.

Una lágrima rodó por las aterciopeladas mejillas de Clara, como única respuesta á aquel siniestro pronóstico.

— En todo caso, añadió Alvareda conmovido por aquel mudo dolor, en todo caso, me cabe la satisfacción de haber hecho cuantos esfuerzos han estado á mi alcance por salvar á esta niña, y por complacerla á V.

— Oh! yo le doy gracias, caballero, dijo Clara tendiendo su mano al doctor, yo le doy gracias; V. á cumplido con su deber.

El joven estrechó con timidez aquella preciosa mano, mientras sus ojos se fijaban en el semblante candoroso é injenuo de la noble niña.

— Pero ¿no habrá esperanza ya para ella? Si viniese ese anciano, si viniese esa ciega?...

— Al menos la proporcionaríamos algunos instantes de dicha.

— Entonces....

— Pero, según creo, eso será difícil. El marqués no accederá.

— Si cree á Nina en peligro, no le juzgo tan despiadado. Además, mi tío ama á su nieta con delirio. Yo creo, Dios me perdone, que en su enojo de hoy entraba por mucho el excesivo cariño que Nina ha manifestado siempre á su tía y á su abuelo materno, y el temor de que quisiese dejar esta casa para seguirles.

— Y ¿qué desea V. que yo haga? preguntó el joven mirando á Clara.

— Que consiga V. de mi tío... ó al menos pruebe á hacerlo, este nuevo favor para mi pobre prima.

Alvareda se inclinó profundamente y se dirigió al despacho del marqués, resuelto á probar todos los medios para lograr el anhelo de Clara.

El anciano se había refugiado en aquella solitaria habitación en un estado que no sabríamos describir.

Alvareda, guiado por su afán de cumplir la palabra empeñada penetró hasta allí resueltamente, y

valiéndose de los medios que creyó más apropiado, espuso su opinión al anciano, que le escuchó tan alarmado como sorprendido y lleno de dolor.

El peligro de Nina le aterró.

La idea de verla morir estremeció su corazón.

Sin embargo, guardó silencio sin responder nada al doctor.

Después de algunos instantes y no teniendo nada que añadir á cuanto había espuesto, Alvareda no juzgó prudente prolongar aquella entrevista y se despidió del marqués, ofreciendo volver dentro de poco.

El joven no podía hacer nada más ya.

Había llegado hasta donde le era dable, y sin exponerse á ser juzgado poco prudente, no debía insistir en aquel asunto puramente de familia.

Cuando el anciano quedó solo permaneció por algunos instantes inmóvil y mudo como una estatua.

Después ocultó entre las manos su frente abrumada por mil dolorosos pensamientos, y por entre sus crispados dedos se vieron brillar algunas lágrimas.

Al cabo de algun tiempo, tiempo en que se efectuaba dentro de su alma una lucha tan ignorada como dolorosa, alzó la cabeza, enjugó sus ojos y se levantó de su asiento rígido y grave, encaminándose lentamente á la estancia de su nieta.

El padre Antonio, fiel á su propósito, aun permanecía allí.

Es verdad que tampoco se atrevía á volver á casa de Adrianesi supuesto que no sabía que respuesta dar á los que le esperaban allí.

Al ver entrar al marqués, un involuntario movimiento de Nina le reveló el temor que inspiraba á la pobre niña: temor que trató de ocultar con una humilde mirada.

El sacerdote por su parte también hizo un movimiento como para levantarse.

El anciano le detuvo con un noble ademán, y murmuró con un acento en que se notaba algo de violencia:

—Tranquilízate, hija mía; permanezca V. en ese sitio, padre.

El ministro de Dios dirigió una mirada llena de gratitud al marqués.

La enferma no pronunció una sola palabra, pero sus labios se movieron como balbuceando una oración.

He reflexionado, murmuró el abuelo de Nina, he reflexionado que no debo oponerme á tu voluntad, y vengo á complacerte... á ceder á tus deseos, hija mía.

La joven se volvió al marqués y en su pálido semblante brilló un destello de alegría.

—Sí, continuó el anciano, sí; hoy mismo verás á los que amas. Ya ves si á mi vez te profeso un cariño estremado.

La enferma alargó su mano temblorosa, cogió una del marqués y la llevó á sus labios con efusión.

—Oh! la expresión de tu agradecimiento es la prueba mayor de cuanto les amas! esta caricia que recibo, no es por mí, es por...

Nina no le dejó acabar y aunque con voz débil y haciendo un esfuerzo supremo,

—También á V. le amo, exclamó, también á V. le amo, y si le viera desgraciado probaría á V. á donde alcanza mi ternura.

—Voy á dar las órdenes necesarias, dijo el marqués, deseando poner término á aquella situación: voy á dar las órdenes necesarias para...

—No, no es preciso, respondió el padre Antonio; yo iré, yo iré en este instante y les traeré.

Así como así, ellos estaban aguardando mi respuesta.

Y tomando su modesto sombrero, se dispuso á salir.

El marqués le siguió hasta la antesala, y le dijo con acento rápido:

—Ya ve V. que olvido mis rencores, que me desentiendo de mis ideas, y todo por ella.

—Sí, contestó el padre Antonio moviendo la cabeza con expresión melancólica. Sí, ya lo sé; pero no me sorprende. Los hombres acostumbran á hacer por las criaturas, lo que debían hacer por Dios: esto no es nuevo y por consiguiente no me sorprende.

—Bien, bien, se apresuró á replicar el aristócrata, desentendiéndose de aquella especie de suave reconvencción. Pero si he cedido ahora, es con una condición, entiéndalo V., con una condición que es preciso que se cumpla.

El ministro de Dios aguardó en silencio para saber cual era la condición que se le iba á imponer.

—Esas gentes, murmuró el caballero con acento en que se revelaba el desden al par que el enojo, esas gentes pueden venir á ver á Nina, esta noche por ejemplo; permanecerán algun tiempo á su lado y luego saldrán para volver á su aldea de nuevo, y escuso decir á V. que ni yo ni nadie de los míos asistiremos á esa entrevista; por el contrario yo no quiero estar en mi casa mientras ellos se hallan aquí.

El ministro de Dios se inclinó sin responder.

—Lo ha comprendido V.? preguntó el marqués, ofendido de aquel silencio.

—Iré á anunciárselo así al honrado Agustín, y si el accede á venir...

—Cómo? preguntó el marqués con altanero tono, ¿cree V.,...?

—Nada, señor marqués. Agustín vendrá porque ama á Nina con toda su alma, y pasará por toda clase de humillaciones solo por estampar un beso en su frente.

— Como se aman los que no poseen nada, sino los tesoros de su amor! balbuceó el marqués viendo alejarse al sacerdote.

Pero al mirarle próximo á traspasar el dintel, no fué dueño de contener un movimiento rápido é involuntario, y acercándose á él le dijo con acento conmovido y tembloroso.

— Mi hija, mi Nina, acaso está mas enferma de lo que aparece ¿Cree V. que Dios tendrá en cuenta los sacrificios que hacemos en la tierra y estará propicio á darnos la recompensa?

— La misericordia de Dios es inconmensurable é infinita, murmuró el sacerdote lentamente.

— Rueguele V. que devuelva á Nina la salud, ruegueselo V. en nombre mio!

— Oh! cuan débiles y egoistas somos, exclamó con acento triste y melancólico el ministro del Señor. No tenemos fuerza para resistir el dolor, y aunque en la calma olvidamos á Dios, recurrimos siempre á El en la borrasca. Y lo que esto tiene de malo y censurable es que no acudimos á su piedad convencidos de nuestra pequenez sino pidiendo la satisfacción de nuestros deseos, el alivio de nuestro mal! No vamos á buscarle por El mismo, sino siempre por nosotros solos!

El marques nada contestó á estas palabras.

Demasiado sabia que encerraban una verdad.

¡Aun no habia acabado de hacerlo que, segun él era un sacrificio, un acto de virtud y ya se juzgaba con derecho á pedir la recompensa!

El marqués se sintió humillado; su conciencia le acusaba severamente.

(Continuará.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

¡Qué loco tan sabio!

Ya partió; no se le alcanza
y verte fuera delirio;

Lleva en su cuerpo el martirio
y en el alma la esperanza.

A medida que él avanza
va aumentando el sufrimiento,
va resistiendo el tormento,
luchando su mente á solas

ni se cuida de las olas
ni percibe el rudo viento.

Se va en los ignotos mares
internando poco á poco,
aquel génio ó aquel loco
lleno de duda y pesares.
Pensamientos á millares
que innundan su fantasia
ríen batalla bravia
en su cerebro fecundo.
¿Quién contiene en calma, el mundo
de ideas que Dios le envía?

¡Cómo navegan ligeros
viento y mar desafiando,
atrevidos anhelando
ver de un mundo los linderos!
¿Qué gigantes y qué fieros
y qué tenaces se ostentan
génio y mar; su ira acrecientan
el génio un mundo buscando,
y un mundo la mar negando
su tenacidad aumentan.

La borrasca bramadora
no intimida al navegante,
que aquel corazón gigante
no encuentra valla opresora.
Aunque vacila, no ignora;
mas con la duda pelea;
aunque el rayo centellea
y ronco retumba el trueno,
firme, tranquilo, sereno,
nada perturba su idea.

En el firmamento escrito
cree ver feliz arcano,
pues su génio soberano
profundiza el infinito.
De su gran conciencia el grito
le da firmeza y valor,
y sufre con el ardor
de los grandes corazones
las terribles maldiciones
del marino aterrador.



*Porque en peligro creyendo
su vida y cerca la muerte,
maldicen la infausta suerte
amenazas dirigiendo.
El ánimo decayendo
va de aquella gente osada:
creen la empresa desgraciada
y à Colon un ignorante.
Este, paciencia... adelante...
dice con voz apagada.*

*Y solicita implorando
entre dudas y agonias,
tres dias, solo tres dias,
para seguir explorando.
El marinero jurando,
pues recela de su suerte,
el viento soplando fuerte,
las naves surcando el mar,
Colon sin desesperar,
aunque le cerca la muerte.*

*El Océano proceloso
tempestad amenazando,
aquel cielo horrorizando
imponente y tenebroso,
y aquel génio portentoso
que à cielo y mar desafia,
abismos son que à porfía
quieren mostrar su fiereza,
y del génio la grandeza,
¿cederá con cobardia?*

*No cedió; díganlo España
y del turbio mar las olas,
las conquistas españolas
en aquella tierra extraña;
dígallo quien nunca engaña,
el astro siempre brillante,
ese sol siempre radiante
para mi patria esplendente,
que sólo besó su frente
esta nacion arrogante.*

*Y en tan venturoso día
Colon al mundo asombraba;
antes loco le llamaba
y del loco se reía.
¡Siempre igual la suerte impia!
Colon fué génio fecundo,
porque nos buscó otro mundo;
si no le hubiera encontrado
por loco hubiera quedado,
por el loco más profundo.*

Antonio R. García Vao.

CORRESPONDENCIA.

Laguna. Señor don A. F. G., con los 22 rs. que envía deja pagado hasta agosto del 81, advirtiéndole que el que recibe es el 80, remitimos los números que desea.

Montemolin. Señora doña R. T. y S., doy á V. mil gracias, y con V. á la mayor parte de los suscritores que tanto se han interesado por la salud de mi hija. Gracias á la Virgen ya está buena.

Leon. Señora doña M. V. G., en contestacion á su carta la diremos que nada adeuda á esta administracion.

Logroño. Señora doña J. G., en nuestro poder los 24 rs. que envia, con los cuales deja pagado hasta fin de abril del 81, advirtiéndole que es el 80 el que recibe.

La Frecha. Señora doña J. G., recibidos los 64 rs. y anotados segun desea.

Málaga. Señora doña E. L., con los 19 rs. que envia deja pagado hasta fin de setiembre.

Málaga. Señor don R. del O., queda hecha la traslacion.

Orihuela. Señor don D. F., servida la suscripcion que indica. gracias por su interés.

Cáceres. Señor don H. de la R. y A., segun nuestros apuntes sus hermanas deben 24 ss. doña D. del año 79 y lo que va publicado del 80 ó sean 12 rs. mas; y doña J. 20 del 79 y 12 tambien del 80, esto es segun nuestros apuntes, pero estando siempre conformes con su cuenta de V.

Guijo de Granadilla. Señor don C. A. y Ch., en nuestro poder los 6 rs., no es culpa nuestra el retraso de que se queja, pero como los asuntos de que trata el periódico no son de actualidad, creemos que puede dispensarse esta falta.

Huercal Overa. Señora doña P. M., en nuestro poder los 24 rs.

Lupion. Señor don J. L. recibidos las 6 pesetas, quedará complacido en lo que desea.

(Continuará.)

GRANADA. Imprenta de «La Madre de Famíla».